

EL ALMA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA ⁽¹⁾

EXPOSICIÓN PSICOLÓGICA

I

La Revolución Francesa es un hecho. Observar bien este hecho, es lo que pretendo hacer. Hombre entre los hombres gusto percibir en mí, los ecos del pasado. Esto y nada más; simplemente esto. No esperéis pues, de mí, un discurso patético sobre los grandes temas de la democracia, ni tampoco un relato de la Revolución Francesa. Yo no ofrezco más que el esfuerzo personal, guiado por documentos serios, para comprender la Revolución Francesa.

La Revolución Francesa es un hecho. Y un hecho no se condena, ni se aprueba: se lo examina.

Ahora bien, este hecho considerado a primera vista, importa una contradicción: es una realidad y es un mito: una realidad contradictoria, un hecho hegeliano. Acogido con gozo por la Europa entera, con qué sagacidad no ha sido después discutido: comentado con la ayuda del Evangelio primeramente, condenado por Pío VII en seguida, encuéntrasele en nuestros días rebautizado en alguna manera por este Obispo francés Monseñor Julien que, en un libro titulado, "Le Prêtre", habla de lo que hay de evangélico en los principios del 89. Además, me pregunto, si la evolución misma de este hecho no importa una contradicción: después de haber proclamado la libertad, ¿la Revolución acaso no instaura la dictadura para conducir Francia al Imperio? Después de haber declarado la paz al mundo, no es que organiza la nación en un vasto ejército? Después de haber proclamado la igualdad de las razas, no es que la vemos vacilando en suprimir la trata de negros? ¿Después de ha-

(1) Conferencia pronunciada el 12 de Julio de 1932 en el "Salón de Actos de L'Alliance Française", Córdoba. (R. Argentina).

ber proclamado la fraternidad de los pueblos y haber hecho creer como que quería realizar el sueño de Kant no es que exacerba todos los nacionalismos y no es la causa del despertar del nacionalismo alemán y del nacionalismo inglés?

Pero juzgarla así de acuerdo a la materialidad de los hechos es desconocerla. Es cometer el error de la Europa de entonces que no vió más que una revolución política, en lo que era una revolución social, una ruptura comparable, me parece, a la del Renacimiento pagano, acabando la obra estética del Renacimiento por una obra política de la misma inspiración: retomar, como él de una Atlántida desaparecida, el viejo sueño griego de la naturaleza infinita — de la perfección, sin el escándalo de un Dios cuya inmanencia estalle en su trascendencia. Me excuso por emplear estas fórmulas bárbaras. Hay a veces una falta de elegancia al hablar este lenguaje. Pero el tema es demasiado grave para que se permitan fórmulas fáciles y vanas: pues no lo ignorais la Revolución francesa señala la cumbre de los tiempos modernos y el mundo que ella ha creado no ha llegado aún a tomar conciencia de lo que es.

III

Una objeción aparece de inmediato: — habláis de filosofía donde no se trata más que de explicar actos políticos. “Eh! ma foi”, no hay sin duda tanta distancia de la filosofía a la política, puesto que siempre la filosofía ha conducido los suyos hasta la política. La organización de la sociedad no puede dejar indiferente al filósofo, por vocación, comprometido siempre en la trama más estrecha de los hechos. Y además, si hay un caso donde se puede decir que la filosofía conduce el mundo, es con seguridad, el de la Revolución Francesa — ella fué siempre ideológica. Sus primeros iniciadores fueron intelectuales y nobles. “No son bárbaros, ni vándalos los que han hecho la revolución. Es la burguesía esclarecida, es una fracción liberal y particularmente distinguida de la nobleza de espada y de la nobleza de “robe”. Aun en pleno Terror, son los hombres ilustrados, los sabios, los grandes artistas como David los que ejercen la mayor acción”. (Peuples et civilisations — La Révolution Française — Alcan — 1930 P. 498). Los museos datan de entonces. La Psicopatología también. El lugar actual de las ciencias naturales también —

lo mismo la noción contemporánea de la historia — lo mismo la unidad de idiomas en Francia — lo mismo los lineamientos del Código francés. La frase de Fouquier Tinville a Lavoisier que se encuentra en todos los manuales “la República no tiene necesidad de sabios” es una leyenda inventada a posteriori. Su anticlericalismo fué sobre todo político. El 16 de “prairial” Gregoire hizo un informe para la unidad del idioma en Francia en interés de la nación y de la iglesia galicana de la que quería afrancesar la liturgia. El sacerdote más tarde fué considerado como el enemigo de la Revolución más que como sacerdote, cuando se lo perseguía, como el representante del pasado.

IV

Como lo veis son estas cosas que no hacen sino volver más complejos los datos que poseemos de la Revolución Francesa. Tratemos de penetrar más adentro en esta madeja enmarañada.

Podemos hacer una primera acotación: la Revolución es una ebriedad de la acción: una fascinación de la idea concretizada, una encarnación de la idea en la política. Valdría más decir una aplicación de la idea en la política y por la política en lo social. Veis por esta última observación como se explica el anticlericalismo aparente de la Revolución: la idea democrática exigía para actuar el pleno poder político, de otra parte es cierto que no se toma conciencia de lo social más que por lo político.

Así se explica que por una especie de fatalidad dinámica de la acción todo obstáculo haya sido destruído, todo signo del orden antiguo, toda amenaza del pasado. Ahora bien: la distinción hecha después por León XIII entre lo social y lo político y en lo político lo que pertenece a la forma del poder y a sus manifestaciones no existía aún nítidamente. De donde se hacía de más en más difícil una conciliación entre la Revolución y la Iglesia Católica.

Además, este gusto de la acción se manifiesta en todos los órdenes: en las ciencias, las ciencias aplicadas lo son sobre todo al honor — en arte, son las artes plásticas que modelan y que crean las dimensiones concretas. Solamente las letras y las ciencias morales son abandonadas como lo hace notar con pena en el año VII la “Décade philosophique”. Esta acción se halla bien pronto desorbitada, no pose-

yendo más el control de su técnica, pero habiendo caído en este error de todo pueblo nuevo: que la técnica pertenece al pensamiento y que la victoria es una victoria real: desde que la técnica y la victoria no son más que una hipertrofia del individuo. En lugar de pretender rehacer el mundo a la medida del Pensamiento primero, la Revolución llevada por los acontecimientos (pues toda acción por definición es un "atermoiement" y una hipocresía), acaba por olvidar sus propósitos y hace su Pensamiento a la medida del mundo, comprometiendo la acción. La lucha por la vida, el "struggle for life" es el "tare" del pensamiento, la esclerosis de la idea. En su apresuramiento de rehacer los nuevos cuadros — olvidándose que no se crea cuadros a priori, programas a priori, olvidándose de la maduración necesaria en toda cosa, ella creyó — como todo pueblo en su aurora que un decreto tiene un valor en sí, que una ley es un punto de partida y no un punto de llegada. Por otra parte desde este momento, en noviembre de 1790, un inglés, un whig, Burke, en sus Reflexiones sobre la Revolución Francesa, que lo fueran entonces y lo son aún el evangelio de la contra revolución, les recordaba que un decreto no es suficiente para dar a los hombres el sentido de la libertad y la virtud cívica. Lo que era especulación de intelectuales y de nobles ociosos pasó demasiado pronto a la realidad y la realidad estalló. Sin embargo el hecho allí estaba, en toda su brutalidad.

La revolución había quizás nacido antes de término. Existía y necesitaba ser o no ser más. El dilema de Hamlet la amordazaba. Obligada, pues, a tener en cuenta la realidad que la resiste — sintiéndose amenazada por hábitos seculares y en ciertos puntos sintiéndose poco segura de sí misma, ella exagera su fuerza. Los tímidos y los vacilantes, si entran en la lógica del crimen van hasta el fin de su lógica. Y además se puede aplicar al pensamiento de los filósofos de la revolución este principio que fué pronto mal realizado por el pueblo, esta frase más tarde de Maurice Barres: "a los 20 años no hay mayor placer que escandalizar al burgués".

V

Hecho este primer estudio, ensayamos ahora que el terreno parece libre para la investigación del psicólogo, de penetrar el alma de la Revolución. Los pretextos — las causas históricas inmediatas no son

más que los pretextos de la historia profunda — de la Revolución, son conocidos: Los responsables fueron los nobles y los intelectuales. La anarquía y la libertad hasta la ironía disolvente son un juego de salón y un crimen social. Los nobles sólo son los primeros responsables. Si los Estados Generales no se hubiesen reunido, la Revolución no habría estallado. Ahora bien, sólo los privilegiados podían obtener su reunión. Por otra parte nadie creyó en un levantamiento popular. La burguesía no reclamaba más que la libertad y la igualdad civil. Se habría podido acordársela sin peligro a causa de los servicios que había prestado a Francia. Pero no se pensó bien las cosas. Y además Francia echada a la aventura por el rey bajo la presión de la aristocracia no vió que sólo la Francia entonces en Europa — la España algún poco también — constituía una verdadera unidad nacional. Mientras tanto el pueblo de París revolucionado por el precio del pan y el pueblo de las campañas enloquecido por el miedo de bandidos imaginarios se levantó. La huída del rey a Varennes precipitó la catástrofe. Sintiendo amenazado en las fronteras, el pueblo francés se organizó. El movimiento orgánico de temor y de cólera social del pueblo, fué, — por el deseo de este mismo pueblo de apoderarse de las riquezas de los privilegiados, — transformado en revuelta por el juego mismo de lo que se podría llamar el dinamismo del miedo social. El enloquecimiento tenía necesidad de una realidad que le justificase y contra quien luchar para justificarse a sí mismo: la evolución social se hizo revolución política y se expresa por la violencia contra enemigos concretos: el rey — la aristocracia y poco a poco la religión católica. Pero no hay que olvidarse que la revolución sangrienta no ha tenido en el fondo más que una causa: el temor del yugo de la aristocracia y la esperanza de beneficios materiales. Nada más.

La verdadera revolución no está allí; es una manifestación que tomó este carácter por el desarrollo de un concurso de sucesos. Esto son símbolos, expresiones, islotes de cristalización surgidos de las profundidades del pensamiento social. No otra cosa. La verdadera revolución, nosotros lo hemos dicho, es una transformación de la conciencia nacional, una transformación social en la atmósfera de la filosofía del siglo XVIII y más allá aún de la filosofía de Descartes del siglo XVII. Estudiemos en dos palabras esta influencia de la filosofía de Descartes.

VI

Desde René Descartes, filósofo del siglo XVII, el representante más auténtico desde muchos puntos de vista del genio francés, existía una racionalización del ser humano y una nueva concepción del Progreso. Mientras que hasta esa hora la noción de la Providencia había gobernado las sociedades, al punto que se podía preguntarse si la historia del mundo no era la de Dios por el mundo, Descartes opera la escisión entre lo que es de orden humano y lo que es de orden divino. La historia de la humanidad puede ser la historia de Dios pero el Pensamiento se refleja en el Pensamiento y una ciencia del ser debe poder constituirse fuera de la interferencia estrictamente metafísica de la Teodicea. “Cogito ergo sum”, este es el punto de un método universal, de un método infalible, cuyas probabilidades de error están en la precipitación y la ilusión solamente. Cada vez que una idea se presente en mí tan clara y tan nítida como esta última, yo podré aceptarla por verdadera, pero el espíritu humano es débil. También como cada vez él no pueda retener sus razones, anotará la verdad descubierta y en esto consistirá el Progreso. Un álgebra de las cosas y una geometría del misterio (en esto me parece residir el punto de vista teológico de Descartes) se constituirán transmisibles, con todos los caracteres de la ciencia, las generaciones sucesivas podrán aportar sus descubrimientos y poco a poco el hombre devendrá dueño absoluto de las cosas y penetrará los secretos hasta entonces insondables. El misterio retrocederá, no será más la noche que limitará la fiesta luminosa de la acción y del conocimiento humano, sino esta acción y este conocimiento orientarán la noche y el misterio de los que serán el centro. El hombre se encuentra transportado al centro de las cosas. Y Pascal ha visto claro sobre el dinamismo inconfesado del pensamiento cartesiano: Dios utilizado por la “chiquenaude” creadora, Descartes no sabe más qué hacer con ello. El pensamiento revolucionario es esto. La ciencia y la cultura devienen principios de liberación. Como nosotros lo hemos visto, el efecto revolucionario se lleva sobre todo sobre las ciencias aplicadas: se crea museos para tener la historia de la civilización.

El plan de educación nacional presentado por Condorcet en 1792 a la asamblea legislativa acuerda el primer lugar a las ciencias

y sobre todo a las ciencias experimentales. Se crea el “Conservatorio Nacional de Artes y Oficios”. Se transforma el Jardín del Rey en Museo de historia natural y cuando en 1795 fué inaugurado el anfiteatro de los cursos, por la primera vez en la historia, las ciencias de la naturaleza ocuparon un tal rango. Se creó también la Escuela de trabajos públicos que debía llegar a ser la Escuela politécnica. Se creó el sistema decimal. Pero esta enumeración será inútil si se piensa en esta frase de Gregoire en la Convención. “En un país libre todas las artes son liberales” — es decir, teoría y práctica, ciencia y técnica no son más que una. Además, hay que pensar también que la literatura, salvo un poeta, André Chenier, está enteramente concentrada en un género vuelto exclusivamente hacia la acción: la elocuencia. Y lo que justifica todo lo que precede, no es la Revolución que hace entrar a Descartes al Panteón por este decreto del 11 de vendimiario del año II (octubre 1793) que indica una verdadera filiación: “Renato Descartes ha merecido los honores debidos a los grandes hombres”. Es bien, a justo título y en esta tradición que Condorcet en 1794 podía escribir su “Esquisse d'un tableau des progrès de l'Esprit humain”. El Progreso es la realidad misma de la humanidad. Renán dirá más tarde para expresar esto, que Dios deviene en la Humanidad en marcha.

VII

Se vé en este momento mismo, cómo la Revolución debía entrar en conflicto con la Iglesia Católica. Para la Iglesia Católica la piedra de ángulo del pensamiento y de la acción es esta unión muy íntima sin confusión de la naturaleza y de lo sobrenatural. Esta, tendiente a “transustanciar” en alguna manera en el misterio de gloria aquello que para ella es jerárquicamente aspirada “asumida”. Para la revolución, la organización temporal hace un llamado a la trascendencia divina, no, esta llama a aquella por “don gratuit”. El teísmo revolucionario es una mística literaria sin dogma, sin jerarquización que la que es toda general y que no compromete la autonomía absoluta del hombre. Dios para la “chiquenaude” inicial. Se reconoce Descartes, con esta diferencia, que se ha introducido en el racionalismo cartesiano una

religiosidad, una sentimentalidad que no se encuentra en ninguna parte en el realismo del robusto siglo XVII francés.

Es que entre ellos está Rousseau. — La influencia de Rousseau es innegable. Napoleón mismo le es tributario. Rousseau transofrma el sistema de Descartes. El alma revolucionaria es Descartes con una coloración rousoniana. ¿En qué consiste exactamente? Cuando nosotros hayamos visto esto habremos logrado, al fin, penetrar en el centro mismo del alma de la Revolución francesa.

Para Rousseau la Naturaleza es un dogma. Dios expresándose en “le frisson” de la mirada humana sobre las cosas y el reflejo de estas cosas en el alma. La humanidad toda entera por esta realidad invisible es buena, la humanidad en su estado natural, en el estado primitivo antes que la civilización haya venido a crear egoismos. Civilización en definitiva igual juego y conflictos de intereses. La Naturaleza en lugar de ser el libre lugar de la vida humana es el instrumento de su suplicio porque está desviada de sus fines. Es necesario ver lo sobrenatural, lo divino no en lo que Nietzsche debía llamar mas tarde un “arrière monde” sino en el presente, en lo concreto. La intensidad de nuestra vida será la intensidad de la verdad. La verdad de nuestro ser será la verdad de Dios mismo. Sacándoles su sentido cristiano en una doctrina de la Gracia, estas palabras de la Imitación caracterizarían a Rousseau: “La Simplicidad y la Pureza son la dos alas que levantan al hombre por encima de sí mismo. “Simplicidad y Pureza que son un retorno al estado natural. La Declaración de los Derechos del Hombre ha surgido toda entera de este punto de vista: los cuadros sociales son hechos para ayudar al hombre, pero resulta que lo comprimen y le hacen perder su pureza original. El pecado original está en la sociedad actual. Es necesario retornar a una sociedad que permita el juego libre y la expansión de personalidades. Dios será el color de las cosas y el color de nuestras almas. Estará en el horizonte de nuestros pensamientos para unir nuestros pensamientos al infinito de lo que no esta pensado aún y al misterio de lo que un día será quizás evidente. El movimiento de la lógica interior de Rousseau, lo conduce hasta allí. Y la Revolución lo ha seguido. Esta voz que en nuestro interior se expresa a si misma su propia verdad: es Dios, es el Mundo, es el Hombre en un Verbo único. La Revolución irá hasta allí y no es en vano que se notará hacia el fin de la Revolución un retorno

muy caracterizado a la filosofía de Plotino y a la de Spinoza: la verdad existe en nosotros.

IX

Si nos fuera necesario resumir — y si no hubiese injuria en hacerlo para un auditorio que no es un auditorio escolar — nosotros diríamos que Descartes aporta a la Revolución un método y Rousseau una justificación. El progreso es una realidad, indica Descartes. Pero una realidad a partir de una sociedad renovada, tal es la lección entendida por los Revolucionarios acerca de Rousseau.

EMILE GOIRAN.

Córdoba 9 de Julio de 1932.
